

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

Herbert George Wells, 1898

LA LLEGADA DE LOS MARCIANOS. LIBRO PRIMERO.

1. La víspera de la guerra

Nadie hubiera creído, en los últimos años del siglo XIX, que los asuntos humanos fueran vigilados de forma tan atenta y detallada por inteligencias superiores a la del hombre y, sin embargo, tan mortales como la suya (...) Sin embargo, a través del abismo del espacio, unas mentes que en relación con las nuestras son como las nuestras en relación con las de las bestias percederas, intelectos vastos, fríos e indiferentes, contemplaban esta tierra con ojos envidiosos y, lentamente pero con seguridad, trazaban sus planes contra nosotros. Y, a principios del siglo XX, llegó la gran desilusión.

[Descripción de las condiciones atmosféricas de Marte, tan extremas que la vida de sus habitantes se acerca al agotamiento]. La presión inmediata de la necesidad ha iluminado sus intelectos, ampliando sus poderes y endureciendo sus corazones. [En su agonía, los marcianos descubren] una estrella matutina de esperanza: nuestro planeta, más cálido (...) lleno de vida, pero de una vida que ellos consideran como de animales inferiores. Llevar la guerra en dirección del Sol es de hecho su única escapatoria de la destrucción que reptaba hacia ellos. [Consideraciones sobre la crueldad y la destrucción practicada por nuestra especie: extinción de búfalos y tasmanios].

[Años antes, los astrónomos habían apreciado unos cambios en Marte, pero no los supieron interpretar como el inicio de un ataque] y el mundo siguió en la ignorancia de uno de los más graves peligros que jamás haya amenazado la raza humana. [El narrador pudo seguir la primera llamarada desde el observatorio de su amigo Ogilvy, en Ottershaw]. Estaba a 60 millones de kilómetros de nosotros (...) Invisible para mí, avanzando rápida y firmemente hacia mí, a través de aquella distancia, acercándose miles y miles de kilómetros a cada minuto, venía la Cosa que nos estaban enviando, la Cosa que iba a traer tanta lucha, calamidad y muerte a la Tierra. Nunca soñé en ello mientras miraba por el telescopio; nadie en la Tierra imaginaba siquiera aquel infalible proyectil. [La explosión se repite el día después]. Cientos de observatorios vieron la llama aquella noche (...) y de nuevo la noche siguiente, y así durante diez noches, una llama en cada ocasión (...) Resulta casi increíblemente milagroso el que, con aquel rápido destino cerniéndose sobre nosotros, los hombres pudieran seguir preocupándose de sus mezquinos asuntos (...) Por mi parte, estaba muy ocupado en aprender a ir en bicicleta y atareado en una serie de artículos sobre el probable desarrollo de las ideas morales a medida que progresaba la civilización (...) Una noche fui a dar un paseo con mi esposa. [Descripción de la vida, ajena a la amenaza]. Todo parecía bien seguro y tranquilo.

2. La estrella fugaz

Entonces, llegó la noche del primer meteoro. [El objeto ha caído en los pastos comunales entre Horsell, Ottershaw y Woking. Tras su caída] la parte a la vista tenía el aspecto de un

enorme cilindro (...) Su diámetro sería de unos treinta metros. [El primero en llegar hasta él fue Ogilvy, quien al ver que uno de los extremos se desenroscaba, exclamó]: «¡Santo Cielo! ¡Hay hombres en su interior! ¡Medio asados! ¡Intentando escapar!». [Ogilvy relaciona el artefacto con las explosiones de Marte y corre a buscar ayuda, pero su historia y su aspecto son tan alocados que sólo Henderson, el periodista de Londres, le da crédito. Juntos van hasta el cráter]. Golpearon el cilindro con un palo y, al no obtener respuesta, concluyeron que el hombre u hombres del interior debían estar sin sentido o muertos (...) Regresaron a la ciudad en busca de ayuda (...) Henderson fue de inmediato a la estación de ferrocarril, con el fin de telegrafiar la noticia a Londres (...) A las ocho en punto, un cierto número de muchachos y hombres desocupados habían empezado a dirigirse ya hacia los pastos comunales para ver a los "hombres muertos de Marte". Así fue como se bautizó la historia. Lo oí por primera vez en boca del chico vendedor de periódicos (...) y no perdí el tiempo en dirigirme a través del puente de Ottershaw hacia las canteras de arena.

3. En los pastos comunales de Horsell

[El narrador se reúne con el grupo que contempla el cilindro] Imaginé que la expectación popular por ver el montón de cadáveres abrasados se había visto decepcionada ante aquel objeto inanimado. [Tras bajar al hoyo y comprobar que el extremo del cilindro ha dejado de girar, el narrador regresa a su casa en Maybury. Por la tarde, vuelve a los pastos comunales. Los titulares de prensa y el cable de Ogilvy han despertado una gran expectación. Curiosos, vendedores de cerveza y muchachos estorban las excavaciones].

4. El cilindro se desenrosca

[Al atardecer, la tapa del cilindro comienza a desenroscarse, provocando una fuerte agitación entre la multitud, unas doscientas personas]. -¡Ayúdame! -exclamó Ogilvy-. Ayúdame a echar hacia atrás a esos idiotas. [La tapa, completamente desenroscada, cae al suelo]. Vi algo que se agitaba en las sombras, unos movimientos indecisos y ondulantes, y luego dos discos luminosos como ojos. Después observé que algo parecido a una pequeña serpiente gris, del grosor de un bastón, se desenrolló de la parte del medio, que se retorció, y se enroscó en el aire hacia mí, y luego otra. Me invadió un repentino estremecimiento (...) Empecé a alejarme a empujones del borde del hoyo. Vi que el asombro daba paso al horror en los rostros de la gente. Oí exclamaciones inarticuladas por todas partes. Hubo un movimiento de retroceso general. Me encontré solo (...) Un temor incontrolable se apoderó de mí. Me quedé petrificado.

[Descripción de la cosa]. Había una boca debajo de los ojos, cuyo borde se estremecía, jadeaba y dejaba caer saliva (...) Había algo de hongo en la aceitosa piel de color castaño, algo indescriptiblemente horroroso en la torpe lentitud de sus pesados movimientos. De pronto, el monstruo desapareció. [Es decir, cae al hoyo. Otras criaturas asoman por la abertura de la nave. Un dependiente, que ha caído en el hoyo, es atrapado por los marcianos]. Hubiera jurado que me llegó un débil chillido. Sentí un momentáneo impulso de ir hacia allá y ayudarlo, pero mis temores me vencieron.

5. El rayo calórico

Después de vislumbrar a los marcianos emergiendo del cilindro en el que habían llegado a la Tierra desde su planeta, una especie de fascinación paralizó mis acciones. La curiosidad y el miedo luchaban dentro de mí (...) Luego, se alzó una delgada varilla con un disco circular en la punta que giraba con un movimiento oscilante (...) El atardecer se convirtió en anochecer antes de que ocurriera nada más (...) Vi que algunas personas se habían dirigido osadamente

hacia los hoyos de arena. Y luego, a unos treinta metros del hoyo, observé un pequeño grupo de hombres, el primero de los cuales enarbolaba una bandera blanca (...) Yo estaba demasiado lejos para reconocer a ninguno de ellos, pero después supe que Ogilvy, Stent y Henderson estaban en aquel intento de comunicación (...) de pronto, hubo un destello de luz y una cierta cantidad de luminoso humo de color verdoso brotó del hoyo en tres bocanadas distintas (...) Al mismo tiempo, se escuchó un débil silbido. Una figura jorobada se alzó del hoyo con penosa lentitud y el fantasma de un rayo de luz pareció parpadear desde ella. De inmediato, brotaron del disperso grupo de hombres destellos de auténticas llamas, un brillante resplandor que saltaba de uno a otro. Fue como si algún chorro invisible incidiera sobre ellos y los convirtiera en una llama blanca. Fue como si cada hombre se hubiera convertido repentinamente en fuego. Luego, a la luz de su propia destrucción, vi cómo se tambaleaban y caían (...) A medida que el invisible rayo calórico pasaba sobre ellos, los pinos estallaban en llamas. Y muy lejos, hacia Knaphill, vi el destello de los árboles, los arbustos y los edificios de madera repentinamente incendiados.

Esta muerte flamígera, esta invisible e inevitable espada calórica efectuaba su barrido de forma rápida y firme (...) Si aquella muerte hubiera barrido un círculo completo, inevitablemente hubiera terminado conmigo. Pero se detuvo y me perdonó (...) El paisaje era ahora oscuro y repentinamente desprovisto de hombres (...) De pronto, me invadió una nueva sensación: el miedo. Me di la vuelta con un esfuerzo e inicié una tambaleante carrera a través de los brezos (...) Corrí llorando en silencio como un niño.

6. El rayo calórico en el camino de Chobham.

Aquella noche, alrededor del hoyo, cerca de cuarenta personas cayeron carbonizadas bajo la luz de las estrellas. [Otros escaparon] de forma todavía más milagrosa que yo. Los salvó el que un montículo de arena interceptara la parte inferior del rayo. Si la elevación del espejo parabólico hubiera sido de unos pocos metros más, nadie hubiera sobrevivido para contar la historia. [Aunque, debido al terror] no todos escaparon; como mínimo tres personas, dos mujeres y un niño, fueron aplastadas y pisoteadas y abandonadas para que murieran en medio del terror y la oscuridad.

7. Cómo llegué a casa.

Mi terror se había caído de mi cuerpo como si fuera un traje. Quizá sea un hombre de talante excepcional. A veces, sufro las más extrañas sensaciones de desprendimiento de mí mismo y del mundo a mi alrededor; parece como si lo contemplara todo desde fuera, desde algún lugar inconcebiblemente remoto, fuera del tiempo, fuera del espacio, fuera de las tensiones y de la tragedia de todo. Esta sensación era muy fuerte en mí aquella noche. Aquél era otro lado de mi sueño.

[El narrador se cruza con gente que se ríe de sus balbuceos. Al llegar a casa] Mi esposa, al menos, no encontraba increíble mi experiencia (...) Cuando vi la palidez mortal de su rostro empecé a tranquilizarla [haciendo] hincapié en las dificultades gravitatorias. Un marciano pesaría tres veces más aquí que en Marte. Así pues, su cuerpo sería como plomo para él. [Esta teoría olvidaba] dos obvias influencias modificadoras. La atmósfera de la Tierra, ahora lo sabemos, contiene mucho más oxígeno o mucho menos argón que la de Marte. Las influencias vigorizantes de este exceso de oxígeno sobre los marcianos contribuyó mucho en contrarrestar el incremento de peso de sus cuerpos. Y, en segundo lugar, la inteligencia mecanicista que poseían los marcianos era capaz de suplir el ejercicio muscular en caso necesario.

Pero en aquellos momentos no tomé en consideración estos detalles. Con el vino, la comida y la necesidad de tranquilizar a mi esposa me fui volviendo más valeroso. «Un proyectil directo contra el hoyo los matará a todos». Así hubiera podido pensar cualquier respetable dodo en su nido de la isla Mauricio, discutiendo la llegada de aquel barco cargado de despiadados marineros en busca de alimento animal. «Mañana, querida, los picotaremos hasta matarlos». Todavía no lo sabía, pero aquella iba a ser la única cena civilizada de la que iba a disfrutar durante muchos extraños y terribles días.

8. Viernes noche.

[Las noticias no son tomadas en serio]. La rutina diaria de trabajar, comer, beber y dormir, seguía como se había practicado desde hacía incontables años. Todo procedía de la forma más natural. [Los hombres que transmitían las noticias] no causaron mayor alteración que la que hubiera podido causar un borracho. [Pero] de tanto en tanto un rayo de luz barría los pastos, y el rayo calórico estaba listo para seguirlo. Durante toda la noche, los marcianos estuvieron agitándose y martilleando, sin dormir, infatigables, trabajando sobre las máquinas que estaban preparando. [Sólo] las autoridades militares eran conscientes de lo serio del asunto. Pocos segundos después de la medianoche, la multitud vio cómo desde el cielo se precipitaba una estrella sobre los bosques de pinos del noroeste. Era el segundo cilindro.

9. Empieza la lucha.

[El sábado, las tropas rodean a los marcianos, manteniendo a la gente lejos del hoyo]. No conseguí echar una mirada a los pastos porque incluso los campanarios de las iglesias estaban en manos de los militares. Debo confesar que la visión de todo aquel armamento, de todos aquellos preparativos, me excitó enormemente. Mi imaginación se volvió beligerante y derrotó a los invasores de una docena de sorprendentes maneras. Hacia las tres empezó a oírse a intervalos regulares el retumbar de un cañón. Supe que el pinar donde había caído el segundo cilindro estaba siendo bombardeado con la esperanza de destruir aquel objeto antes de que se abriera. Hacia las seis de la tarde, oí una apagada detonación procedente de los pastos comunales. Seguidamente, llegó un violento y resonante estrépito, muy cercano a nosotros, que hizo estremecer el suelo. [Los daños sufridos por el campanario, el colegio y otros edificios, entre ellos el del narrador, obliga a éste a evacuar la casa para dirigirse, con su esposa y la criada, en un carruaje de alquiler, a casa de sus primos, en Leatherhead].

10. En la tormenta.

Leatherhead se halla a unos veinte kilómetros de Maybury Hill. [Tras dejar a su esposa en casa de sus primos, el narrador regresa a Maybury para devolver el carruaje]. Algo muy parecido a la fiebre bélica que ocasionalmente se apodera de una comunidad civilizada se me había metido en la sangre y, en el fondo de mi corazón, no lamentaba tanto el tener que regresar a Maybury aquella noche. La mejor forma en que puedo expresar mi estado mental es diciendo que deseaba estar presente cuando ocurriera la muerte de los invasores.

[Ya de noche, y sin conocer el resultado de la refriega, el narrador emprende el regreso a Maybury, acompañado del sirviente de su primo. Durante el trayecto, ve caer el tercer meteoro]. Una vez iniciada la cadena de rayos, siguió una sucesión de destellos. Los truenos sonaban como el funcionamiento de una gigantesca máquina eléctrica (...) y un fino granizo me azotó el rostro. Luego, bruscamente, mi atención fue atraída por algo que se movía con

rapidez bajando por la ladera opuesta (...) ¡Y qué vi! ¿Cómo puedo describirlo? Un trípode monstruoso, más alto que muchas casas, que caminaba dando grandes zancadas por encima de los pinos, aplastándolos en su avance. Cuerdas articuladas de acero colgaban de él y el tumultuoso estruendo de su paso se mezclaba con el estallido de los truenos (...) ¿Pueden imaginar un taburete de ordeñar que se inclina y gira violentamente sobre sí mismo, mientras avanza sobre el suelo?

[El carruaje vuelca. Un trípode pasa al lado del narrador, que añade algún detalle a su descripción]. Detrás del cuerpo principal había un enorme mecanismo de metal blanco, parecido a una gigantesca cesta de pescador. Cuando pasó por mi lado, lanzó un exultante aullido ensordecedor, «¡Alú! ¡Alú!», y, al minuto siguiente, estaba a un kilómetro de distancia.

[Bajo una tormenta de granizo, el narrador se encamina a Maybury]. Si hubiera comprendido por completo el significado de todo lo que había visto, me hubiera reunido inmediatamente con mi esposa en Leatherhead. Pero la rareza de todas las cosas que me rodeaban y mis padecimientos físicos me impedían pensar con claridad, porque estaba magullado, cansado, empapado hasta los huesos, ensordecido y cegado por la tormenta (...) Allá en la oscuridad, un hombre chocó conmigo, dejó escapar un grito de terror, saltó hacia un lado y se alejó a toda prisa (...) Cerca de la cima tropecé con algo blando. Dominando la repugnancia natural de alguien que nunca antes ha tocado un cadáver, me incliné y le di la vuelta para escuchar su corazón. Estaba definitivamente muerto. Era el tabernero cuyo carruaje había cogido. [El narrador llega ante su casa]. Abrí la puerta, entré, cerré a mis espaldas (...) Me acurruqué a los pies de la escalera, con la espalda contra la pared, y me puse a temblar violentamente.

11. En la ventana.

[A través de la ventana de la habitación, en la planta superior, el narrador observa el movimiento en los pastos comunales y en Maybury]. ¡Y este ardiente caos era el pequeño mundo en el cual había vivido seguro durante años! [El narrador brinda cobijo a un soldado de artillería]. Bruscamente, se sentó delante de la mesa, apoyó la cabeza entre los brazos y empezó a sollozar como un niño. Pasó un largo rato antes de que pudiera responder a mis preguntas (...) Los hombres del regimiento de Cardigan habían intentado un avance hasta el hoyo, simplemente para ser aniquilados por completo. Luego, el monstruo se había alzado sobre sus patas y había empezado a caminar por los pastos, girando su caperuza a modo de cabeza. En una especie de brazo, llevaba algo parecido a una caja metálica en la que brillaban destellos verdes y, de la especie de embudo que la remataba, surgía el rayo calórico. En unos pocos minutos no quedó cosa viva en los pastos. Después, el gigante orientó el rayo calórico hacia Woking, y la ciudad se convirtió en un montón de ruinas ardientes. El artillero consiguió llegar vivo a una zanja y así pudo escapar hasta Woking. Vio a uno de los gigantes marcianos perseguir a un hombre, atraparlo con uno de sus tentáculos de acero y golpearle la cabeza contra el tronco de un pino.

[El narrador da de comer al artillero y sube al estudio]. Aquí y allá, algún objeto había tenido la suerte de escapar: una blanca señal ferroviaria, el extremo de un invernadero, permanecían intactos en medio de la ruina general. Nunca antes en la historia de la guerra, la destrucción había sido tan indiscriminada y total. [Es extraño que la casa del narrador permanezca en pie: si su altura la convierte en buen mirador, también en blanco privilegiado].

12. Lo que vi de la destrucción de Weybridge y Shepperton.

[A la mañana siguiente, el narrador piensa reunirse con su mujer para salir con ella del país. Pero el artillero lo convence, sin demasiado esfuerzo, de acompañarlo a Londres. Y eso que el narrador] había percibido con claridad que la zona en dirección a Londres iba a ser de forma inevitable el escenario de una desastrosa lucha.

Excepto nosotros, no parecía haber ningún alma viviente en Maybury Hill (...) Nos acercamos a la carretera y, al hacerlo, oímos el sonido de unos cascos y vimos a través de los troncos a tres soldados de caballería que se dirigían lentamente hacia Woking (...) Más adelante, llegamos junto a un grupo de tres mujeres y dos niños que estaban vaciando una cabaña de labrador (...) De pronto vimos seis cañones de a doce, montados a distancias regulares y apuntando todos hacia Woking. Los artilleros permanecían junto a las piezas, aguardando (...) Byfleet era un tumulto, con la gente empaquetando sus cosas. Los soldados estaban teniendo grandes dificultades en conseguir que comprendieran la gravedad de su situación. Un anciano no quería abandonar una docena de tastos con orquídeas. Me detuve y le sujeté el brazo. -¿Sabe usted lo que viene por allí? ¡La muerte!-. Permanecimos en Weybridge hasta mediodía, y poco después nos hallábamos cerca de Shepperton Lock, donde el Wey y el Támesis se unen. Aunque la huida todavía no se había convertido en pánico, había ya mucha más gente de la que podían transportar los botes (...) Entonces se produjo de nuevo el sonido: un ahogado estampido. Empezaba la lucha. Luego, repentinamente, vimos una columna de humo alzarse lejos sobre el río; el suelo se estremeció bajo nuestros pies y una fuerte explosión sacudió el aire. Rápidamente, aparecieron uno, dos, tres, cuatro de los marcianos blindados, avanzando a rápidas zancadas en dirección al río (...) Y el espectral y temible rayo calórico apuntó hacia Chertsey y golpeó la ciudad. No hubo gritos ni chillidos, sino sólo silencio. -¡Métanse bajo el agua!- Grité, sin que nadie me oyera.

[Un proyectil] estalló en pleno rostro de la cosa. La caperuza se hinchó, llameó, salto en una docena de irregulares fragmentos de carne roja y resplandeciente metal. -¡Tocado!-, exclamé, en algo parecido a un grito de triunfo. El coloso decapitado se tambaleó como un gigante borracho. La inteligencia viva, el marciano dentro de la caperuza, había muerto; ahora, el artefacto no era más que un mero dispositivo que giraba sin norte hacia su destrucción. [Agonía de la cosa en el río. Destrucción de Weybridge]. Caí desmadrado, a plena vista de los marcianos. No esperaba otra cosa más que la muerte. [Los cuatro monstruos levantan a su compañero y se alejan]. Me di cuenta de que había escapado de milagro.

13. Cómo encontré al párroco

Los marcianos se retiraron a su posición original de Horsell. Las autoridades militares y navales, ahora completamente conscientes del tremendo poder de sus enemigos, trabajaban con furiosa energía. Cada minuto, un nuevo cañón se situaba en posición hasta que, antes del anochecer, cada matorral (...) escondía la negra y expectante boca del cañón de una pieza de artillería.

Mientras detrás de mí los marcianos se preparaban para la siguiente incursión y frente a mí la humanidad se agrupaba para la batalla, yo me abrí paso, con infinitas penas y trabajos, desde el fuego y el humo del incendiado Weybridge hacia Londres. Vi un bote abandonado, que bajaba empujado por la corriente. Fui tras él, lo alcancé y así pude escapar de aquella destrucción. El sol me abrasaba la espalda desnuda. Cuando el puente de Walton estaba ya casi a la vista, tras una curva del río, la fiebre y la debilidad dominaron mis temores, desembarqué en la orilla de Middlesex y me tendí, mortalmente cansado, en la alta hierba (...) No recuerdo con claridad la

llegada del párroco. [El hombre está al borde de la locura]. -¿Por qué están permitidas estas cosas? ¿Qué pecados hemos cometido? ¡Fuego, terremoto, muerte! ¡Como si fuéramos Sodoma y Gomorra! Todo nuestro trabajo hundido, toda nuestra obra. ¿Qué son esos marcianos? -¿Qué somos nosotros? -Respondí, con un carraspeo-. Las cosas han cambiado. Tiene que conservar la cabeza. Todavía hay esperanzas. -¡Esperanzas! -Sí, muchas esperanzas..., ¡pese a toda esa destrucción! Compórtese como un hombre. ¿Para qué sirve la religión, si se derrumba a la primera calamidad? [El narrador explica que uno de los marcianos ha sido muerto y el párroco se asombra] -¡Muerto! ¿Cómo pueden morir los ministros de Dios?

14. En Londres

Mi hermano menor estaba en Londres cuando los marcianos cayeron sobre Woking y no oyó nada de su llegada hasta el sábado por la mañana. [Descripción del habiente londinense a través del hermano del narrador]. No había signos de ninguna excitación inusual en las calles. Los periódicos de la tarde incluían noticias de menor importancia bajo grandes titulares. [El domingo se publican las primeras noticias sobre la destrucción de Woking]. Los marcianos eran descritos como «enormes máquinas aracnoides, de cerca de treinta metros de alto, capaces de moverse a la velocidad de un tren expreso y emitir un rayo de intenso calor». Se exhortaba al público a que evitara y refrenara el pánico. Los marcianos eran extremadamente extraños y temibles, pero no serían más de veinte, contra los millones que éramos nosotros. Con reiteradas aseveraciones de que Londres estaba a salvo y la confianza de las autoridades en dominar la situación, terminaba aquella 'cuasi' proclama (...) Hacia las ocho, un ruido de fuego de granadas fue claramente audible en todo el sur de Londres. Mi hermano se sentía muy preocupado por mí e inquieto ante la evidente magnitud del problema. [Antes del amanecer del lunes, la llegada de los marcianos es avisada por los policías que van llamando a las puertas y los repiques de campanas].

Un grupo de muchachos que vendía periódicos apareció gritando en la calle: «¡Londres en peligro de asfixia! ¡Terribles masacres en el valle del Támesis!». La gente se vestía apresuradamente. A penas el primer aliento de la inminente tormenta de miedo soplabá por las calles. Era el amanecer del gran pánico. En el periódico, mi hermano leyó el catastrófico informe del comandante en jefe: «Los marcianos son capaces de descargar enormes nubes y un vapor negro y venenoso por medio de cohetes. Han inutilizado nuestras baterías, han destruido Richmond, Kingston y Wimbledon, y avanzan hacia Londres destruyéndolo todo a su paso. Es imposible detenerlos. No hay ninguna protección contra el humo negro excepto la huida inmediata».

[El narrador cuenta a través de su hermano, cap.14, o de «los contradictorios relatos de los hechos, cap.15»]

15. Lo que ocurrió en Surrey

[Las baterías derriban otro artefacto]. Al parecer, una de las patas del trípode había resultado inutilizada por uno de los proyectiles (...) El marciano que había sido derribado se arrastró dificultosamente fuera de su capuchón; era como una pequeña figura de oscuro color amarronado. Después, al parecer, se puso a reparar su soporte. [A las nueve de la noche, los siete trípodes inician un avance portando un grueso tubo negro].

Dos de ellas se situaron a la vista del párroco y mía, mientras avanzábamos cansada y penosamente por la carretera que se dirige al norte desde Hallyford. Nos llegó un sonido como el distante restallar de un cañón. Otro más cercano y luego otro. Entonces, el marciano a

nuestro lado alzó muy arriba su tubo y lo descargó como si fuera un cañón, con un sonido pesado que hizo temblar el suelo. No hubo destello ni humo, simplemente aquella fuerte detonación. Un distante tumulto de gritos se elevó y cesó. Hacia Sunbury se veía una masa oscura, como si una colina cónica hubiese crecido de repente allí; luego, más remota aún, cerca de Walton, vimos otra de tales cimas (...) Cada uno de los marcianos había descargado un enorme bote de humo sobre cualquier colina, bosquecillo, grupo de casas u otro lugar frente a ellos, donde pudiera ocultarse la artillería terrestre. Esos botes de humo se aplastaban al golpear el suelo y desprendían un enorme y denso vapor negro como la tinta. La inhalación de este vapor era la muerte para todo aquel que lo respirase (...) El humo negro se aferraba tan tenazmente al suelo que a quince metros en el aire, en los tejados y en los pisos superiores de las casas altas, había una posibilidad de escapar a su veneno (...) El vapor negro permaneció hasta que se hundió por voluntad propia en el suelo. [El narrador imagina la agonía de la gente alcanzada por el humo negro].

16. El éxodo de Londres

Tras todo esto, comprenderán ustedes la rugiente oleada de miedo que barrió la mayor ciudad del mundo (...) Los trenes se estaban llenando, la gente luchaba salvajemente por un sitio de pie en los vagones. La gente era pisoteada y aplastada en la calle, se dispararon revólveres, fueron apuñaladas varias personas y el policía, agitado y furioso se dedicaba a partirla la cabeza a la gente que se suponía que debía proteger.

[Peripecia del hermano del narrador. Tras participar en el saqueo de una tienda, en la que roba una bicicleta, socorre a un par de damas asaltadas por tres ladrones: se trata de la esposa y la hermana de un cirujano de Stanmore. La hermana es descrita como joven, esbelta, valerosa y «sorprendentemente tranquila y reflexiva»].

Fueron hacia Burnet, con la intención de cruzar la Gran Carretera del Norte. A medida que avanzaban empezaron a encontrar más gente. En su mayoría, miraban al frente sucios, agotados y ojerosos, murmurando preguntas confusas. [Burnet está ardiendo] «¡Dios de los cielos! -Exclamó la señora Elphinstone-. ¿Adónde nos lleva usted?». Mi hermano se detuvo en seco. La carretera principal era un torrente de seres humanos que se apresuraban hacia el norte, los unos empujando a los otros. «¡Aprisa! -Era el grito general-. ¡Aprisa! ¡Que vienen!».

Algunos hostigaban estúpidamente con el látigo a sus caballos y se peleaban con otros conductores; algunos permanecían sentados e inmóviles, mirando a la nada; otros se mordían las manos presas de la sed. Mi hermano pudo ver... [descripción prolija de la riada humana]. Había miedo y dolor en sus rostros, y terror detrás de ellos. Un hombre yacía con una pierna desnuda, envuelta en trozos de tela empapados en sangre. Dos amigos se inclinaban sobre él. Era un hombre afortunado que aún tenía amigos. [Un hombre con una bolsa llena de soberanos parece arrollado por los carruajes].

17. El Thunder Child

Si aquella mañana de junio alguien hubiera podido subir en globo al luminoso azul del cielo de Londres, todas las carreteras que conducían al norte y al este le hubieran parecido moteadas de negro por el gran número de personas que huían; cada punto era una agonía humana de terror y aflicción física. Era una estampida gigantesca y terrible, sin orden ni meta, seis millones de personas sin armas ni provisiones, yendo ciegamente hacia delante. Era el principio de la derrota de la civilización, de la masacre de la humanidad (...) Los relucientes marcianos iban de un lado a otro, dispersando calmada y metódicamente su nube venenosa sobre esta zona del país y, luego, sobre aquella otra, para barrerlas después con sus chorros de vapor y tomar

posesión del terreno conquistado. No parecía que su objetivo fuera tanto el exterminio como la completa desmoralización y la destrucción de cualquier oposición.

[El narrador retoma la peripecia de su hermano]. A medida que aumentaba el hambre, los derechos de propiedad dejaban de tenerse en cuenta. [En Chelmsford, un grupo de hombres] que se hacía llamar el Comité de Aprovisionamiento Público, se apoderó del poni como provisión y no dio nada a cambio. Cerca de Tillingham, llegaron a ver el mar. Aproximadamente a unos tres kilómetros mar adentro, había un acorazado bastante hundido en el agua. Era el buque con espolón Thunder Child. Frente al mar, la señora Elphinstone se dejó llevar por el pánico. La pobre mujer parecía imaginar que los franceses y los marcianos tenían que ser muy similares.

[Consiguen embarcar en un vapor que va a Ostende. Desde la cubierta ven un marciano]. Era el primer marciano que veía mi hermano. Se quedó más sorprendido que aterrado observando aquel titán que avanzaba hacia los barcos, metiéndose más y más en el agua. [El Thunder Child pasa junto al vapor]. Mi hermano miró más allá de aquel leviatán que se dirigía a la carga hacia los marcianos. El más próximo bajó su tubo y descargó un bote del gas negro contra el acorazado. [Otro] alzó el generador del rayo calórico y lo mantuvo apuntando oblicuamente hacia abajo; un chorro de vapor brotó del agua a su contacto. Debió de atravesar el hierro del costado del barco como una varilla de hierro al rojo vivo atraviesa una hoja de papel. [Sin embargo, el buque abre fuego y derriba un marciano. Luego, recibe un segundo impacto del rayo, pero sus restos se estrellan contra un segundo marciano, al que también aniquilan].

LA TIERRA BAJO LOS MARCIANOS - Libro Segundo

1. Bajo tierra

En el primer libro me he alejado mucho de mis propias aventuras para contar las experiencias de mi hermano. Ahora reanudaré mi propia historia. El párroco y yo nos detuvimos en Halliford el domingo por la noche y todo el día siguiente -el día del pánico-, en una pequeña isla de luz diurna, aislada del resto del mundo por el humo negro. Mi mente estaba ansiosamente preocupada por mi esposa. Mi único consuelo era creer que los marcianos avanzaban hacia Londres y, por lo tanto, se alejaban de ella. Hacia el mediodía, llegó un marciano, despejando la sustancia negra con un chorro de vapor que siseaba contra las paredes, destrozaba las ventanas, y que escaldó la mano del párroco.

Hacia las cinco, emprendimos la marcha en dirección a Sunbury. Twickenham no había sufrido ningún daño, ni por el rayo calórico ni por el humo negro, y había más gente allí. Cruzamos el puente de Richmond hacia las ocho y media. Observé que un cierto número de masas rojas, algunas de varios palmos de extensión, flotaban corriente abajo. No supe decir lo que eran. De pronto, cuando nos acercábamos a Kew, apareció la parte superior de una máquina de combate marciana a menos de un centenar de metros de distancia de nosotros. Estábamos tan aterrados que no nos atrevimos a seguir avanzando y nos ocultamos en un cobertizo. [El narrador hace continuas alusiones a la «egoísta desesperación» del párroco, pésimo compañero de viaje].

Al anoecer me aventuré a salir de nuevo. Había dejado al párroco en el cobertizo, pero no tardó en unírseme con rapidez. [Juntos ven cómo una máquina de combate persigue a un grupo de personas]. No usó el rayo calórico para destruirlas, sino que las fue cogiendo una por una [y] las echó dentro del gran depósito metálico que sobresalía detrás de él. Fue la primera

vez que me di cuenta de que los marcianos podían perseguir alguna otra finalidad que la mera destrucción de la derrotada humanidad. [En una casa abandonada] hallamos todo un almacén de comida: dos hogazas de pan, un bistec sin cocinar y medio jamón. Ofrezco este catálogo de una forma tan detallada porque resultó que íbamos a tener que subsistir de aquello durante la siguiente quincena.

Entonces se produjo un brillo cegador de vívida luz verde. Todo en la cocina saltó a nuestra vista, claramente visible en verde y negro y, luego, se desvaneció de nuevo. Entonces se produjo el estruendo más terrible que nunca antes haya oído. Inmediatamente después se produjo un golpe a mis espaldas, el resonar de vidrios al romperse y un retumbar de ladrillos desmoronándose a todo nuestro alrededor; el yeso del techo cayó sobre nuestras cabezas. Fui derribado de bruces al suelo y perdí el conocimiento (...) Hasta que amaneció, apenas nos movimos (...) Vimos, a través del hueco en la pared, el cuerpo de un marciano montando guardia sobre el aún reluciente cilindro. De repente caí en la cuenta de lo que sucedía. -¡El quinto cilindro! ¡Ha golpeado esta casa y nos ha enterrado bajo las ruinas!

2. Lo que vimos desde la casa en ruinas

Debí de adormecerme, porque cuando desperté estaba solo. Aún era de día. [El narrador y el párroco escudriñan el exterior a través de una abertura en la pared. El quinto cilindro ha caído sobre la casa contigua]. Nuestra casa se había derrumbado hacia atrás; la parte delantera había sido destruida por completo; la cocina y la parte trasera habían escapado por casualidad y permanecían enterradas bajo los escombros excepto por el lado que miraba al cilindro. [Descripción de la «máquina manipuladora» y del «diestro obrero» que la maneja].

Mi interés derivó hacia esas otras criaturas, los auténticos marcianos. La primera náusea no oscurecía ya mi observación. Consistían en enormes cuerpos redondeados -o más bien cabezas- de alrededor de metro veinte de diámetro, y cada cuerpo tenía un rostro. Este rostro carecía de fosas nasales -parece que los marcianos no poseen sentido del olfato-, pero tenían un par de ojos muy grandes de color oscuro y, justo entre ellos, una especie de pico carnoso. En la parte de atrás de su cabeza o cuerpo estaba su única superficie timpánica, aunque debía serles casi inútil en nuestro denso aire. Formando un racimo alrededor de la boca había dieciséis tentáculos finos, parecidos a látigos, dispuestos en dos grupos de ocho. Hay razones para suponer que en Marte puedan avanzar sobre ellos con mucha facilidad.

Las disecciones han demostrado [que] la mayor parte de la estructura era el cerebro, que enviaba enormes nervios a los ojos, oído y tentáculos. Además, estaban los pulmones, el corazón y los vasos sanguíneos. Todo el complejo aparato digestivo, que ocupa una parte importante de nuestros cuerpos, no existía en los marcianos. Eran cabezas, simplemente cabezas. No comían y mucho menos digerían. En vez de ello, tomaban la sangre fresca de otras criaturas y se la inyectaban en sus venas. Esta idea nos parecerá horriblemente repulsiva, pero creo que debemos recordar lo repulsivas que les parecerían nuestras costumbres carnívoras a un conejo inteligente.

Las ventajas fisiológicas de la inyección son innegables. La mitad de nuestros cuerpos está formada por glándulas, tubos y órganos destinados a convertir los alimentos más heterogéneos en sangre. El proceso digestivo y su reacción sobre el sistema nervioso mina nuestras fuerzas y afecta a nuestras mentes. Los hombres se sienten felices o miserables si (...) sus glándulas gástricas funcionan o no correctamente. Pero los marcianos estaban por encima de todas estas fluctuaciones orgánicas de estados de ánimo y emociones.

Sus organismos no dormían. Trabajaban veinticuatro horas de cada veinticuatro, como ocurre en la Tierra con las hormigas. Carecían totalmente de sexo. Hubo un marciano que nació en la Tierra durante la guerra, y fue hallado unido a su padre, parcialmente brotado de él, como lo hacen los bulbos de nuestros lirios. Vale la pena señalar que un escritor especulativo previó para el hombre, mucho antes de la invasión marciana, una estructura final no muy distinta a la actual condición marciana. Escribió que la perfección de los aparatos mecánicos iba a eliminar finalmente los miembros, la perfección de los dispositivos químicos la digestión (...) Sólo el cerebro seguiría siendo de absoluta necesidad. Y la mano, «maestra y agente del cerebro».

[En Marte no hay microorganismos nocivos. La hierba es roja]. Las semillas que los marcianos trajeron [se extendieron] por todo el país. Los marcianos se comunicaban mediante sonidos y gesticulación tentacular. Ningún ser humano superviviente vio tanto de los marcianos en acción como yo.

Los marcianos no llevaban ropa, pero sí utilizaban otros añadidos artificiales a sus recursos corporales y en eso residía su gran superioridad sobre el ser humano. Ellos se han convertido en meros cerebros que llevan cuerpos diferentes según sus necesidades, del mismo modo que los hombres toman una bicicleta si tienen prisa o un paraguas si llueve. Los marcianos no conocen la rueda, rasgo dominante de todos los dispositivos mecánicos humanos. Las largas palancas de sus máquinas son accionadas por una especie de musculatura de discos en una funda elástica que se encogen cuando son atravesados por una corriente eléctrica, alcanzando un curioso paralelismo con los movimientos animales.

3. Los días de encierro

[Para explicar el grado de bajeza del cura, el narrador lo compara con una mujer]. Había llegado a odiar sus tretas, consistentes en quejumbrosas exclamaciones y su estúpida rigidez mental. Le era tan imposible refrenarse como a una mujer estúpida. Podía llorar durante horas y horas sin interrupción. Tuve que recurrir, por mucho que odiara hacerlo, a las amenazas, y finalmente a los golpes. Eso le devolvió la razón por un tiempo. Pero era una de esas débiles criaturas que no se enfrentan ni a Dios ni al hombre, que ni siquiera se enfrentan a sí mismas, unas almas desprovistas de orgullo, timoratas, anémicas y odiosas.

[Los marcianos se alimentan de seres vivos, preferentemente humanos]. Fue al tercer día cuando vi matar al muchacho. Fue la única ocasión en la que observé a los marcianos alimentarse.

4. La muerte del párroco

Durante dos largos días, disputamos y nos amenazamos en voz baja. Hubo ocasiones en las que le golpeé y le di patadas alocadamente, otras veces le halagué y le persuadí, y hubo un momento en que intenté sobornarle con la última botella de borgoña. Pero ninguna fuerza ni ninguna amabilidad sirvieron de nada; estaba más allá de toda razón. No observaba ninguna de las precauciones básicas para mantener nuestro encierro soportable. Al octavo día empezó a alzar la voz, amenazó con ponerse a gritar y atraer a los marcianos sobre nosotros, siempre barbotando por su fracaso al servicio de Dios. -¡Maldita sea esta ciudad infiel! ¡Malditos sean todos los habitantes de la Tierra, malditos dicen las voces de las trompetas...!

[El narrador golpea al párroco, que cae sin sentido. Un marciano que ha oído el alboroto introduce uno de sus tentáculos por el agujero y se lleva al cura]. Repté de vuelta a la

carbonera, cerré la puerta y empecé a ocultarme. El débil tintineo metálico regresó. Lo oí más cerca. Recé. Pasó raspando la puerta de la carbonera. Lo oí tantear el picaporte. ¡Había encontrado la puerta! La puerta se abrió. En la oscuridad apenas pude ver aquel serpenteante objeto -más parecido a la trompa de un elefante que a cualquier otra cosa- agitándose hacia mí y tocando la pared, el carbón, la leña, el techo. Una vez llegó incluso a tocar el tacón de mi bota. Estuve a punto de gritar; me mordí la mano. Finalmente, con un brusco clic, agarró algo -¡pensé que me tenía!-, y pareció salir de la carbonera. Al parecer, se había llevado un trozo de carbón para examinarlo. Susurré apasionadas plegarias pidiendo mi salvación. No volvió; pero yo me quedé allí todo el décimo día, en la cerrada oscuridad, sin atreverme ni siquiera a arrastrarme fuera para beber algo, pese a la sed que tenía.

5. El silencio

[Al salir de la carbonera, el narrador descubre que el marciano ha vaciado la despensa]. No comí ni bebí nada durante los días undécimo y duodécimo. El duodécimo día mi garganta estaba tan dolorida que, corriendo el riesgo de alarmar a los marcianos, accioné la chirriante bomba del agua de lluvia que había junto al fregadero y obtuve un par de vasos de negra y contaminada agua. Me sentí enormemente aliviado. [Un perro asoma el hocico]. Pensé que si podía inducirle a que entrara podría conseguir quizá matarlo y comérmelo; pero el animal retiró bruscamente la cabeza y desapareció (...) Finalmente, alentado por el silencio, miré fuera. Una multitud de cuervos saltaban y se disputaban los restos de los muertos que los marcianos habían consumido. Toda la maquinaria había desaparecido. Mi oportunidad para escapar había llegado. Me puse a temblar. [Descripción del panorama, dominado por la hierba roja].

6. La obra de quince días

Me encontraba a mi alrededor un paisaje extraño y deprimente, de otro planeta. Sentí una sensación de destronamiento, una persuasión de que yo ya no era el amo, sino un animal más entre los animales, bajo la bota marciana; el imperio del hombre y el miedo que inspiraba habían pasado.

Avancé por entre la hierba roja, que me llegaba hasta la rodilla y a veces incluso hasta el cuello. Mordisqueé algunas frondas de la hierba roja, pero eran muy acuosas y tenían un sabor desagradablemente metálico. Me abrí camino hacia la colina que ascendía hasta Roehampton. Llegué a los pastos comunales de Putney. Allí, la escena cambió de lo extraño y desconocido a las ruinas de lo familiar; algunas extensiones de terreno mostraban la devastación de un ciclón y, luego, me encontraba con espacios completamente intactos, casas con sus persianas cuidadosamente bajadas y sus puertas cerradas, como si sus ocupantes hubieran salido a pasar el día fuera o estuvieran durmiendo dentro. No vi ningún ser humano, ni el menor signo de los marcianos. Pensé que la humanidad había sido barrida de la existencia y que yo estaba allí completamente solo, que era el último hombre vivo.

7. El hombre de Putney Hill

Aquella noche la pasé en la posada que se alza en la parte superior de Putney Hill, durmiendo en una auténtica cama por primera vez desde mi huida hacia Leatherhead. El lugar había sido ya registrado y esquilado. Dormí poco. Tres cosas luchaban por apoderarse de mi mente: la muerte del párroco, las acciones de los marcianos y el posible destino de mi esposa. No me producía ninguna sensación de horror o remordimiento recordar la primera. Me veía a mí mismo entonces, como me veo ahora, empujado, paso a paso, hasta aquel apresurado golpe, resultado de una secuencia de accidentes que habían conducido inevitablemente a él. Sin embargo, en el silencio de la noche, con esa sensación de la proximidad de Dios que, a veces,

llega con la quietud y la oscuridad, fui juzgado por aquel momento de ira y miedo. Revivía cada momento. Habíamos sido incapaces de cooperar, el destino no nos lo había permitido. De haber sabido todo aquello, lo habría abandonado en Halliford. Pero no prevé nada; y el crimen consiste en prever y, sin embargo, hacer. Narro todo esto tal como fue. No hubo testigos, hubiera podido ocultarlo, pero lo escribo y el lector deberá formarse su propio juicio.

Aquella noche se convirtió en algo terrible. Me descubrí rezando para que el rayo calórico hubiera terminado con [mi esposa] de una forma rápida e indolora. Desde la noche de mi regreso de Leatherhead, no había rezado. Había emitido plegarias fetichistas, había rezado como los paganos murmuran encantamientos; pero ahora recé realmente, suplicando firme y cuerdamente, cara a cara con la oscuridad de Dios. Seguro que, aunque no hayamos aprendido nada más, esta guerra nos ha enseñado la piedad.

[El narrador se reencuentra con el artillero al que acogió en Woking. El soldado le cuenta que los marcianos se han establecido al otro lado de Londres y han construido una máquina con la que pueden volar]. -Todo ha terminado -dijo-. Han puesto firmemente su pie en nuestro mundo y han mutilado e incapacitado a la potencia más grande del planeta. Nos han pisoteado. ¡Hemos sido vencidos! Tan pronto como hayan hecho todas las cosas que están haciendo por aquí empezarán a atraparnos sistemáticamente, a elegir a los mejores y a almacenarlos en jaulas y corrales. ¡Señor! Todavía no han empezado con nosotros. Ciudades, naciones, civilización, progreso..., todo eso ha terminado. Durante un millón de años no va a haber ningún concierto, no habrá Real Academia de las Artes, ni espléndidas comidas en los restaurantes. El juego ha terminado. [Sólo] los hombres como yo van a seguir viviendo... por el bien de la especie. Yo voy a seguir viviendo a toda costa. Bajo tierra. Lo tengo todo planeado.

-¡Buen Dios! -exclamé-. ¡Es usted un auténtico hombre! -Y, movido por un impulso estreché su mano.

-Pero tenga en cuenta que no todos estamos hechos para convertirnos en bestias salvajes. [El artillero muestra su desprecio hacia el «miserable paso por el mundo» de los empleados, siempre preocupados por su trabajo, su matrimonio, sus ahorros]. Para ellos, los marcianos serán una bendición. Hermosas y amplias jaulas, cebados de comida, una cuidadosa selección de la descendencia, ninguna preocupación. No tardarán en sentirse completamente felices. Una gran cantidad de gente tendrá la sensación de que habría que hacer algo, pero los débiles siempre crean una especie de religión de no hacer nada, muy piadosa y superior, y se someten a la persecución y a la voluntad del Señor. Esas jaulas estarán llenas de salmos, himnos y piedad. Y los más simples se inclinarán un poco hacia el erotismo. Es muy probable que esos marcianos conviertan a algunos de ellos en sus animales domésticos. Y algunos, quizá, serán entrenados para cazarnos.

No podía hallar nada contra el razonamiento de aquel hombre. En los días anteriores a la invasión, nadie hubiera cuestionado mi superioridad intelectual con respecto a él, yo, un reconocido escritor sobre temas filosóficos, y él, un simple soldado..., y sin embargo, había planteado una situación que a mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

[En esta reflexión del narrador Wells apunta la clave para aceptar el alto nivel intelectual del discurso del soldado: no son las palabras del artillero las que se transcriben, sino la inevitable traducción de su contenido por parte del narrador, «reconocido filósofo»].

[El artillero está convencido de que mientras los hombres dóciles se harán imbéciles en pocas generaciones, los que se mantengan libres, al tener que vivir bajo tierra, podrían llegar a convertirse en grandes ratas salvajes]. -Debajo de Londres hay cientos de kilómetros de alcantarillas que, tras unos cuantos días de lluvia y con un Londres vacío, quedarán limpias y asépticas. Formaremos una banda de gente hábil y de mente despierta. Aquellos que se unan deberán obedecer las órdenes. También queremos mujeres de cuerpo fuerte y mente despierta, madres y maestras. No hay lugar para los débiles o los estúpidos. Los inútiles, los molestos y los malvados tienen que morir. Deben estar dispuestos a morir. Pero salvar la raza no es nada en sí mismo. Salvar nuestros conocimientos y aumentarlos es lo importante. Debemos crear lugares seguros, y llevar a ellos todos los libros que podamos; no novelas y poesía, sino ideas, libros científicos. Eso es tarea suya.

[El artillero imagina el momento en que algunos hombres hayan aprendido a manejar el rayo calórico y lo empleen contra los marcianos. Subyugado por el proyecto, el narrador empieza a trabajar con el soldado en la excavación de un túnel que enlace Putney Hill con las alcantarillas de Londres]. Mientras trabajábamos, di vueltas en mi mente a su proyecto y, al final, empezaron a surgir las objeciones y las dudas.

Mi cuestión inmediata fue por qué debíamos cavar aquel largo [y azaroso] túnel, cuando era posible penetrar inmediatamente en las alcantarillas por una de las bocas de acceso. El artillero empezó a contarme la clase de gente que aún permanecía en Londres. -Una noche, la semana pasada, algunos locos volvieron a poner en funcionamiento la luz eléctrica, y toda la calle Regent y el Circus se iluminó, atestado con borrachos vestidos con harapos, hombres y mujeres, bailando y gritando hasta el amanecer. Y cuando llegó el día, vieron una máquina de combate erguida junto al Langham y contempládoslos. Avanzó calle abajo, hacia ellos, y agarró a un centenar de personas demasiado borrachas o asustadas para escapar.

[El narrador y el artillero beben champán, fuman buenos cigarros y juegan a las cartas y al ajedrez. Luego, el narrador piensa en su esposa y le invade el remordimiento]. Parecía un traidor a mi esposa y a mi raza. Decidí abandonar a aquel extraño soñador de grandes cosas, y dirigirme a Londres. Me pareció que allá estaban las mayores posibilidades de averiguar lo que los marcianos y mis compatriotas estaban haciendo.

8. Londres muerto

[Las calles de Londres están llenas de cadáveres y cubiertas de un polvo negro. A medida que avanza, el narrador escucha una especie de lamento sobrehumano: «Ula, ula, ula, ula»]. Cuando aparecí por encima de la calle Baker, vi a lo lejos, por encima de los árboles, a la luz del anochecer, la caperuza del gigante marciano del que procedía aquel ulular. [El narrador da un rodeo y encuentra una máquina manipuladora sepultada bajo los escombros de una casa. En su interior ve los restos de un marciano casi devorado por los perros]. Bruscamente, el sonido cesó. El silencio cayó como un trueno. Mientras sonaba aquella voz, la soledad y la desolación habían sido soportables; en virtud de ellas, Londres había parecido todavía vivo. Luego, el silencio se apoderó de todo y no quedó más que una enorme quietud. El terror se apoderó de mí. Pero antes de amanecer recuperé el valor y me volví una vez más hacia Regent's Park. Extrañé el camino y finalmente vi la curva de Primrose Hill. En la cima, alzándose imponente, contra las apagadas estrellas, había un tercer marciano, erguido e inmóvil como los otros.

Me **sentí** poseído por una loca resolución. Moriría y terminaría con todo aquello. [Así] me ahorraría el problema de suicidarme. Avancé resueltamente hacía aquel Titán y, entonces, a

medida que me acercaba y la luz iba aumentando, vi que una multitud de pájaros negros trazaban círculos cada vez más cerrados alrededor de su capuchón. Ante aquello, mi corazón dio un vuelco y empecé a correr. No sentí miedo, sólo un júbilo desenfrenado que me hacía temblar mientras corría colina arriba hacia el monstruo inmóvil.

[El narrador encuentra el campamento de los marcianos y a todos ellos muertos] por las bacterias de la putrefacción y la enfermedad contra las cuales sus sistemas no estaban preparados; muertos como estaba muriendo la hierba roja; muertos, después de que todas las armas de los hombres hubieran fracasado, por las cosas más humildes que Dios, en su sabiduría, había puesto sobre la Tierra. Por un momento, creí que la destrucción de Senaquerib se había repetido, que Dios se había arrepentido, y que el Ángel de la Muerte los había matado a todos durante la noche. Mi corazón se alegró gloriosamente, mientras el sol incendiaba el mundo con sus rayos a todo mi alrededor. Salvada por un milagro de la destrucción definitiva, se extendía la gran Madre de las Ciudades. Extendí las manos al Cielo y empecé a darle gracias a Dios.

9. Las secuelas

Y ahora llega la parte más extraña de mi historia. Recuerdo todo lo que hice aquel día hasta el momento en que me alcé allí, de pie, llorando y alabando a Dios en la cima de Primrose Hill. Luego, lo he olvidado todo... De los siguientes tres días, no se nada. Vagaba sin rumbo fijo... como un hombre demente. Unas personas amables me recogieron y protegieron de mí mismo. [Por ellos supe que] Leatherhead había sido destruido, con todas las almas que lo habitaban, por un marciano.

[El narrador emprende el regreso a Woking]. Mi hogar estaba desolado. Percibí la locura de la débil esperanza que había acariciado durante tanto tiempo. Y entonces ocurrió algo extraño. - Es inútil -dijo una voz-. La casa está abandonada. Nadie ha estado aquí estos diez días. No te quedes para atormentarte. Nadie ha escapado, excepto tú.

Me sobresalté. ¿Había expresado en voz alta mis pensamientos? Me giré y vi que la contraventana estaba abierta a mis espaldas. Di un paso hacia ella y me quedé mirando afuera. Allí, sorprendidos y asustados como yo, estaban mi primo y mi esposa..., mi esposa, completamente pálida e incapaz de llorar. Dejó escapar un débil grito. -He venido -dijo-. Sabía..., sabía...

Se llevó las manos a la garganta, se tambaleó. Dí un paso hacia ellas y la sostuve entre mis brazos. [El narrador ve a su esposa a través de la ventana, estando él dentro y ella fuera de la casa. ¿Cómo puede abrazarla con sólo dar un paso?].

10. Epílogo

No puedo hacer más que lamentar lo poco que he sido capaz de contribuir a la discusión sobre las muchas cuestiones debatibles que todavía siguen sin respuesta. Mi especialidad es la filosofía especulativa. [Noticia de los estudios hechos sobre los restos de los marcianos, uno de los cuales se conserva en alcohol en el Museo de Historia Natural. Posible desembarco marciano en Venus]. Debo confesar que la tensión y el peligro de esos días han dejado una constante sensación de duda e inseguridad en mi mente. Me siento en mi estudio, escribiendo a la luz de la lámpara, y repentinamente veo de nuevo el valle ahí abajo, preso de las llamas. Salgo a Byfleet Road y, de pronto, todos se vuelven vagos e irreales. Por la noche, veo el polvo negro oscureciendo las silenciosas calles y los contorsionados cuerpos envueltos en ese sudario.

Y lo más extraño de todo es sujetar de nuevo la mano de mi esposa y pensar que la supuse, y que ella me supuso a mí, entre los muertos.

* Edición

Colección Millenium, El Mundo.

Ilustración de Toño Benavides, quien, evidentemente, no ha creído necesario leer el libro y ha dibujado un platillo en lugar de un cilindro.

La traducción de Domingo Santos es correcta en cuanto a la fidelidad del texto, pero carece de buen gusto literario. Incurre en excesivas repeticiones: «Se alzaba por entre las casas delante de ellas y velaba la blanca fachada de una hilera de casas adosadas más allá de la carretera, que se divisaba detrás de las casas de campo» (105). «Habían empezado a caminar tranquilamente de un lado para otro por los pastos, entre los pocos que huían, con su caperuza a modo de cabeza girando de un lado para otro» (60). «Su historia se volvió exclamatoria» (61): era fácil evitar la cacofonía sustituyendo «historia» por «narración».

El niño que dice: «¡Me voy a casa, sí!», debería decir: «¡Yo me voy a casa!» (26). «Ante aquello desapareció mi temor», en lugar de «temor» debería decir pasmo, mi parálisis, aquello que le impide moverse (28). «Este pequeño grupo fue cerrando la circunferencia del ahora casi completo círculo de gente» (31). No puede hablarse de círculo de gente, cuando en su interior están los hoyos y la nave.

* El punto de vista del narrador

Pese a lo extraordinario del asunto, la narración no incurre en excesos o descuidos y es en todo momento coherente. Para reforzar este punto, el autor ha procurado siempre a su narrador un observatorio confuso. Por ejemplo, en los cap. 10 y 11 describe lo que ve a la luz del fuego y los relámpagos, que iluminan de un modo desigual y a ráfagas, en lucha contra la oscuridad nocturna, la cortina de granizo y las nubes de humo que ocultan todo por momentos. Su información de primera mano se complementa con los comentarios y narraciones de otros, como el artillero, su hermano, etc.

* Carácter belicista

«Incluso los campanarios de las iglesias estaban en manos de los militares. Debo confesar que la visión de todo aquel armamento, de todos aquellos preparativos, me excitó enormemente. Mi imaginación se volvió beligerante y derrotó a los invasores...», cap 9.

«Algo muy parecido a la fiebre bélica que ocasionalmente se apodera de una comunidad civilizada se me había metido en la sangre. La mejor forma en que puedo expresar mi estado mental de aquella noche es diciendo que deseaba estar presente cuando ocurriera la muerte de los invasores», cap 10.